

Edición de
Dra. Mirian Pino
Dra. Irene Audisio
Mgtr. Ma. Trinidad Cornavaca



Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur

1970-2022

Mirian Pino
Irene Audisio
Ma. Trinidad Cornavaca
Editoras

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022
Pilar Calveiro ... [et al.] ; Editado por Mirian Pino ; Irene Audisio ; Ma. Trinidad
Cornavaca. - 1a ed - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de

Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1807-2

1. Derechos Humanos. 2. Memoria. 3. Lenguaje. I. Calveiro, Pilar II. Pino, Mirian,
ed. III. Audisio, Irene, ed. IV. Cornavaca, Ma. Trinidad, ed.

CDD 323.0982



Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

Correctora de estilo: Raquel Robles

Imágenes: Las ilustraciones contenidas en el presente volumen son creaciones de Laura Sosa y fueron cedidas por la artista para este libro.

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Memoria y resistencias comunitarias frente a las prácticas de selección de la vida



Por Pilar Calveiro¹

Aunque lo hayamos dicho mil veces, no dejo de recordar que la memoria “significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el momento de un peligro” (Benjamin, 1994, p. 180). Hay muchos peligros que hoy nos queman entre las manos y que la memoria puede ayudarnos a iluminar. Sin embargo, tengo la profunda convicción de que la amenaza principal de nuestro tiempo es la que pesa sobre la vida, no sobre unos modos de vida en relación con otros, sino sobre la vida como tal. Lo que está en juego es si se podrá sostener la vida en el planeta y, en tal caso, cómo y quiénes la controlarán mediante procesos, que ya están en acción, de auténtica selección de qué vidas deben ser preservadas y cuáles resultan prescindibles para las formas de acumulación vigentes. Es decir, nos encontramos frente a la modalidad más cruda de la biopolítica porque, si bien desde mucho antes hemos visto estos procedimientos de selección (muy marcadamente en los genocidios y, en especial, los coloniales), ahora todas las formas de vida en la tierra, a nivel global, están sujetas a procesos de destrucción, administración y selección.

Ahora bien, frente a este biopoder asesino se levantan distintas resistencias, pero creo que las comunitarias e indígenas son de especial interés por su potencia política y porque, al provenir de una cosmovisión no eurocéntrica, ofrecen una mirada alternativa al capitalismo tardío que, de una u otra manera, se nos impone. Como contraparte, las comunidades en resistencia despliegan políticas de defensa de la vida propia y, por extensión, de la de todos nosotros como sociedad humana, la vida del planeta que nos alberga, la vida recibida de nuestros muertos, porque también ellos están en peligro y convocan nuestras memorias.

¹ Maestría en Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Co-coordinadora del Grupo de Trabajo Memorias Colectivas y Prácticas de Resistencia de Clacso pilarcal2008@gmail.com

Aunque las memorias, siempre múltiples, pueden tener diferentes “valencias” políticas, que no son necesariamente resistentes, siempre me han interesado aquellas memorias vivas, que recuperan las experiencias colectivas de dolor para transmutarlas en acción. Son memorias proliferantes, no lineales, que irrumpen en girones, fragmentos, y traen a los peligros del presente algo de lo vivido, pero con sentidos nuevos. Estas memorias parten de las heridas y las catástrofes sociales, pero lo hacen para apostar a otro presente, desde la denuncia y la búsqueda de justicia, sí, pero, sobre todo, desde la construcción de lo nuevo. Creo que este tipo de memorias son una pieza clave en las experiencias comunitarias e indígenas de nuestra América. Así pues, en esta presentación me voy a centrar en tres asuntos: 1) El biopoder en el mundo actual y sus políticas de miedo y destrucción, 2) las resistencias comunitarias a dicho poder, como defensa de la vida y 3) el papel de las memorias resistentes en estos procesos.

1. La biopolítica, tal como fue definida por Michel Foucault, se orienta al control y la gestión de los procesos de vida de una población entendida como conjunto; hoy ese objetivo alcanza a toda la población planetaria y a todas las especies. A la antigua fórmula soberana de “hacer morir y dejar vivir”, como una primera forma de selección, se ha superpuesto su reverso gemelo: “hacer vivir y dejar morir”, un “dejar morir” que se puede entender también como abandonar a la muerte. En efecto, la biopolítica prolonga e incluso crea vida, sin por ello resignar o perder el potencial de muerte de todo poder soberano. Así, se abaten los riesgos sanitarios o naturales y se incrementan las expectativas de vida... pero solo para algunos. Es decir, la biopolítica siempre se aboca a la defensa de unas vidas a costa de otras; refiere a la relación inseparable entre vida y muerte, pero entre unas vidas y otras muertes. Y suele hacerlo sin necesidad de matar de manera directa, sino principalmente dejando morir, abandonando a la muerte a grandes grupos de población considerada prescindible, siempre con un claro componente racista. “El racismo... no solo permite una jerarquización de lo ‘digno de ser vivido’ sino que coloca [incluso] la salud de unos en relación directa con la desaparición de otros” (Lemke, 2017, p. 58), como se pudo apreciar en la distribución de vacunas durante el periodo de la pandemia. Y

no solo con las vacunas. En esos años, la riqueza de los diez hombres más ricos del mundo, todos ellos blancos, se ha duplicado, mientras los ingresos del 99% de la población se han deteriorado. Estas desigualdades, señaladas por un informe de Oxfam “contribuyen a la muerte de [es decir, dejan morir] al menos 21000 personas al día... por la falta de acceso a servicios de salud, la violencia de género, la discriminación por raza, el hambre y la crisis climática”. Así, en nuestro mundo se libra una fuerte lucha por la concentración en unos pocos de la riqueza... y de la supervivencia.

Las grandes potencias intentan sustraer y controlar, en todas las regiones del mundo, los recursos estratégicos, desde los energéticos hasta los acuíferos, pasando por los alimentarios. Es un proceso de desposesión acelerada y radical, probablemente la forma más extrema de la biopolítica, que equivale a adueñarse de la vida y la posibilidad misma de la supervivencia de unos a costa de los otros.

2. América Latina es uno de los blancos principales del saqueo de recursos, de todos sus recursos vitales (humanos, naturales, culturales), pero se resiste a estas prácticas de diversas maneras. Algunas de las más significativas son las respuestas comunitarias, muchas veces menospreciadas por un rasgo de escala, como si lo pequeño no tuviera nada que hacer frente a lo global. Sin embargo, estas experiencias están siendo capaces de construir formas alternativas de organización social, política, jurídica, muy exitosas, en defensa de las distintas formas de vida amenazadas.

Para ejemplificar, me voy a referir al caso de México donde, como en gran parte de América Latina, las resistencias comunitarias a las prácticas biopolíticas de desposesión y clasificación de la vida son principalmente indígenas, lo cual no es sorprendente ya que, como señaló con acierto Giorgio Agamben, el indígena es el “matable” por excelencia,

Las riquezas naturales de los territorios comunitarios y su inaccesibilidad los hacen codiciables para negocios legales y/o ilegales, muchas veces protegidos por las autoridades locales. Cuando ocurre esta alianza, que es frecuente y propia del neoliberalismo, se generan verdaderos “territorios de muerte”, zonas por fuera de todo derecho, controladas por la violencia y el miedo. Frente a ello, algunas

comunidades sucumben, pero otras resisten y luchan para proteger sus territorios y defender allí la vida en todas sus dimensiones.

En México existen numerosas resistencias a los proyectos depredadores del neoliberalismo a partir de la organización comunal, que retoma prácticas ancestrales tanto prehispánicas como coloniales. Son experiencias locales que se multiplican, aunque no se uniformizan ni unifican; cada una mantiene sus particularidades sociales y culturales, su autonomía, a la vez que se comunican y producen intercambios unas con otras.

Creo que, para comprender la potencia de la memoria en la resistencia a las prácticas biopolíticas que amenazan la vida, es de especial interés el caso de las comunidades indígenas que han venido desarrollando autonomías de facto respecto del Estado. El caso zapatista es probablemente el más conocido, pero de ninguna manera el único, ya que existen muchos otros, con distinto grado de desarrollo. Puede tratarse de experiencias relativamente pequeñas, con unos pocos miles de personas (como los municipios autónomos zapatistas); medianas, con decenas de miles de habitantes (como el Municipio Autónomo de Cherán K'eri o el caso de Cuetzalan), u otras mucho mayores como la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias, en Guerrero, que abarca varios municipios e incide sobre una población de alrededor de 300 mil personas.

A su vez, los grados de autonomía también pueden variar desde la exclusiva administración y gestión del presupuesto, hasta modalidades más amplias y plenas, que comprenden formas de organización social, política y jurídica propias y diferentes de las instituciones del Estado.

Estas autonomías se han instaurado como respuesta a grandes violencias estructurales, estatal-represivas y criminales, que intentan controlar y disponer de sus territorios, amenazando la subsistencia de la vida biológica, natural, social, política y cultural, es decir, la vida en toda su dimensión. Por ello, las autonomías surgen como movimientos defensivos y también armados, cuya primera acción es asumir el control de la seguridad territorial para, desde allí, construir formas alternativas de vida, en y con la naturaleza, así como de organización social (comunitaria), política (asamblearia), jurídica

(de justicia reparatoria más que punitivista). Defensa del territorio y defensa de la vida se convierten en una misma lucha.

Aunque guardan memoria viva de la cosmovisión indígena, han estado expuestos durante cinco siglos a la modernidad capitalista-colonial, protegiéndose y transformándose por efecto de esta hegemonía. Por lo mismo, conocen y manejan ambos códigos, ambas lenguas, ambas normatividades; se mueven y “puentean” entre ellos con maestría. De manera que en su experiencia conservan tanto elementos propios de la visión mesoamericana como otros de matriz occidental que, a veces se mezclan, pero otras se entretejen, manteniendo cada una su respectiva especificidad.

Frente al biopoder hegemónico, que administra y selecciona las vidas, las autonomías comunitarias las defienden. Contra los territorios de muerte que generan las violencias estatal-criminales, protegen la naturaleza que soporta toda vida, humana, social y cultural, creando, por oposición, “territorios de vida” que, en lugar de dominar lo viviente, recupera su potencia para abrir nuevas formas de creación y supervivencia.

3. Para doblegar a las comunidades, se las somete a políticas del miedo, intentando controlar sus territorios y sus poblaciones. Sin embargo, muchas de ellas han logrado desarrollar estrategias para salir del miedo y actuar. Lo hacen rompiendo el aislamiento al que se las intenta someter y recurriendo a la memoria social, para recuperar así los vínculos consigo mismas, con su pasado, con su cultura ancestralmente subalternizada. Más que memorias centradas en las ofensas recibidas -que son las que multiplican el miedo-, construyen memorias que rescatan la capacidad de resistencia y acción de la comunidad, recuerdan su potencia. “Ser lo que somos y lo que podemos llegar a ser porque ya [lo] hemos sido” dice uno de ellos (en Rodríguez Torres, p. 151).

Esta recuperación memoriosa no articula un discurso homogéneo, sólido, una historia, sino un conjunto discontinuo de relatos y experiencias del pasado, en clave claramente benjaminiana. Se arma desde y con las ruinas, los desechos -en el doble sentido de lo roto y lo desechado-, rescatando fragmentos del mundo indígena, de lo colonial, de las luchas de la Revolución Mexicana, de las más recientes del siglo XX (tanto guerrilleras, campesinas, como sindicales). De

cada momento retoma y actualiza aquellas prácticas que parecen útiles para los desafíos del presente, mediante una yuxtaposición de memorias diversas y discontinuas. Lo comunitario, lo horizontal, las formas de organización política y jurídica por usos y costumbres provienen del pasado prehispánico; el sistema de cargos, tan útil para la organización actual, se recupera de la Colonia, así como buena parte de las fiestas y celebraciones, muy importantes para el fortalecimiento del vínculo social; el derecho a la defensa armada de la tierra sin duda tiene matriz revolucionaria; la inclusión de las mujeres en consejos, casas de justicia y policías comunitarias es absolutamente actual. En lo social, en lo político, en lo jurídico, en todos los campos se repite, se retoma y se actualiza de manera simultánea. A su vez, se inventan nuevas formas que, al hacerlo, interpelan nuestro Estado de derecho, los principios de legalidad y justicia que nos rigen, la posibilidad de pensar la pluralidad nacional y jurídica. Amplían la mirada sobre los sistemas jurídicos, sociales y políticos abriendo otros futuros posibles, capaces de articular lo individual con lo colectivo, lo natural con lo cultural, lo público con lo privado, la reparación con la sanción, y de romper las lógicas binarias y excluyentes del neoliberalismo.

Las comunidades ya han hecho este ejercicio de recuperación, desecho y creación en diferentes momentos de peligro. Cuentan por ello con un enorme bagaje de luchas previas, aprendizajes de derrotas y victorias, memorias vivas porque apuntan hacia un futuro diferente. En ellas hay poca lamentación y mucha acción, ya que la memoria es principalmente acto, ejercicio, práctica colectiva que interviene en el presente.

Sus memorias provienen de experiencias vivenciales compartidas y experiencias narrativas construidas y transmitidas en común, desde la oralidad de la narración y el vínculo cara a cara, tanto en la asamblea como en la fiesta, en la calle, en las fogatas, en las celebraciones, con gran atención a la transmisión intergeneracional, como en el caso del Municipio Autónomo de Cherán K'eri (Calveiro, 2019, p. 186). Se enuncian siempre en el nosotros del plural, recuperando al sujeto colectivo que ignora el neoliberalismo, y surgen de esos tiempos y espacios compartidos y construidos en común.

Por lo mismo, ponen en acción otras percepciones de tiempo y espacio. Eluden el presente perpetuo del neoliberalismo, recuperando el pasado con una memoria en acto, útil para la transformación del presente y la construcción de lo que vendrá. Operan en un tiempo múltiple y proliferante que rompe con la linealidad moderna de aceleración, pero también con la circularidad del eterno retorno. Vuelven, pero siempre a y desde otro lugar. Se proyectan al futuro, aunque sin prisa y sin aceleraciones. Paso a pasito. Justo por eso no pierden pie, permanecen firmemente anclados en el espacio, que es su territorio. Este es un espacio en los márgenes, pero no marginal, sin fronteras fijas, siempre en construcción, abierto; un espacio que se puede transitar, que permite itinerancias como la migración, y alberga de manera hospitalaria a los diversos. Y, con todas estas indeterminaciones es, sin embargo, un referente que articula los sentidos de lo vivido, aun a la distancia, como ocurre con las comunidades indígenas urbanas.

Por fin, y sobre todo, las memorias comunitarias son memorias vivas porque están ancladas en las necesidades actuales que reviven lo pasado pero para crear nuevas alternativas y levantarlas frente a la vida amenazada por las prácticas biopolíticas del presente. Al hacerlo nos recuerdan que hacer memoria es traer la experiencia, es decir, los sentidos de las catástrofes vividas para mirar y tratar de sortear los abismos que hoy nos plantean las políticas de selección y destrucción de la vida en el planeta.

Memoria y resistencias comunitarias frente a las prácticas de selección de la vida

Referencias bibliográficas

Benjamin, W. (1994). Discursos interrumpidos. Barcelona: Planeta.

Calveiro, P. (2019). Resistir al neoliberalismo. Comunidades y autonomías. México: Siglo XXI.

Lemke, T. (2017). Introducción a la biopolítica, México: FCE.

Oxfam International. (2022). Las desigualdades matan. En línea <https://www.oxfam.org/es/informes/las-desigualdades-matan>
Consultado en agosto 2022

Rodríguez Torres, L. (2013). Notas para una epistemología de la relación memoria-identidad. TRAMAS. Subjetividad y procesos sociales. 38 (2014), 149-178. En línea

<https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/635>
Consultado en agosto 2022